

THE BATTLE OF SIGNS

The U.S. Invasion of 1898 and everyday life in Puerto Rico

SILVIA ÁLVAREZ CURBELO
Universidad de Puerto Rico/Recinto Río Piedras

RÉSUMÉ

Ce texte souligne divers incidents contemporains de l'invasion de Porto Rico par les nord-américains en 1898, et que l'on peut considérer comme éléments-clefs dans un contexte d'affrontement culturel. La désarticulation des symboles locaux et l'apparition de symboles nouveaux envahissent tous les espaces culturels de la vie publique et de la vie quotidienne. Dans les mois qui ont suivi l'invasion, les forces nord-américaines se sont moins consacrées à combattre une armée ou des groupes armés qu'à remplacer les symboles désamorcés de l'autorité espagnole.

SAMENVATTING

Dit artikel behandelt verschillende parallele geschiedenissen van de invasie van de Verenigde Staten in Puerto Rico (1898), die belangrijk zijn in de context van een culturele strijd tussen lokale en nieuwe symbolen. Deze strijd werd op alle niveaus van het publieke en private leven gevoerd. In de maanden na de invasie bestond de belangrijkste activiteit van het Noordamerikaans leger niet in het militair verslaan van enig gewapend verzet, maar in de strijd tegen de verslagen Spaanse gezagssymbolen.

LA BATALLA DE LOS SIGNOS

La invasión norteamericana de 1898 y la vida cotidiana en Puerto Rico

SILVIA ÁLVAREZ CURBELO
Universidad de Puerto Rico/Recinto Río Piedras

RESUMEN

Este texto se propone delinear algunas historias simultáneas a la invasión estadounidense en Puerto Rico (1898), mismas que pueden considerarse clave en el contexto de una batalla cultural. El desmonte de los símbolos locales y la aparición de otros nuevos se dio en todos los ámbitos de la vida pública y de la vida cotidiana. En los meses posteriores a la invasión, el principal quehacer de las fuerzas norteamericanas no consistió en enfrentar la resistencia de ningún ejército o grupo armado, sino literalmente en el ajuste de cuentas con los derrotados símbolos españoles de autoridad.

ABSTRACT

This text focuses on several incidents, parallel to the U.S. invasion of Puerto Rico in 1898, which could be considered key elements in the context of cultural battle. Local symbols were leveled and new ones appeared in all areas of public existence and daily life. In the months following the invasion, the main task of the North American forces was not resistance to any armed group, but rather the settling of accounts with the fallen Spanish symbols of authority.

Looking into an old Spanish fort at Aguadilla, Porto Rico, near where Christopher Columbus is reported to have landed in 1493, one sees blackboards and desks and little Porto Ricans busy with their lessons. The fort has been transformed into a schoolhouse, the change being indicative of the difference between the two civilizations. The Spaniards came centuries ago with swords and guns. The Americans came a few years ago with schools.

WILLIAM D. BOYCE, *The Hawaiian Islands and Porto Rico* (1914)

Entre las múltiples lecturas incitadas por el evento 1898 a lo largo de este siglo en Puerto Rico, se encuentra un ensayo de 1994 del escritor Edgardo Rodríguez Juliá, que quisiera convocar como plataforma de reflexión sobre los efectos de la invasión norteamericana en la vida cotidiana de los puertorriqueños, zona algo descuidada quizá por la atención privilegiada que se les asigna a los aspectos geopolíticos y militares.

En "Pitiyanquis" (1994), Rodríguez Juliá —autor también de otra aproximación a la historia de Puerto Rico, *Las tribulaciones de Jonás*— unce su genealogía familiar a la invasión de 1898 y desdobla, a través de las figuras de sus dos abuelos, la crónica de 100 años de negociaciones, complicidades, sumisiones y resistencias del país. Atravesada por las facturas de clase, raza y propiedad, la trama que se desata a partir del desembarco de Guánica asigna al abuelo materno un destino de desclasamiento, de pérdida y tristeza. En cambio, para su abuelo paterno, un mulato maestro de obras, la invasión toma la figura de una promesa. Espacio en el que se efectúa un intercambio simbólico de dones, la promesa reúne, al decir del crítico Julio Ramos (1996), los apetitos del cambio y del deseo. La cotidianidad de Galo Rodríguez, el abuelo paterno de Edgardo Rodríguez Juliá, se configura desde un lugar simbólico "donde él se sentía victorioso, y de cara al porvenir" (Rodríguez Juliá, 1994). A diferencia del otro abuelo, anclado en las evocaciones que René Marqués incendia al final de *Los soles truncos*,¹ Galo Rodríguez, a decir de su nieto, "...viajaría ligero de equipaje, sin nostalgias..."

¹ Véase Marqués (1970). Para un análisis de la obra, que registra de manera excelente las figuraciones utópicas de la producción de René Marqués, véase Arcadio Díaz Quiñones (1982).

La polisemia generada por el referente clave en la pieza narrativa de Rodríguez Juliá, *La invasión a Puerto Rico de 1898*, no se inscribe únicamente en la zona descarnada y profundamente normalizada de los discursos y prácticas políticas, aunque no rehúye el ámbito del poder. Su presencia es inevitable en otras profundas sedes simbólicas: en el nombre del país (*Porto Rico* en lugar de Puerto Rico), en el calendario, en las lealtades religiosas y civiles. Remite de manera ineludible a los espacios y tiempos de la cotidianidad, a modos de operación recortados por "...la creatividad dispersa, táctica e improvisada de grupos o individuos" (Michel de Certeau, 1984, xiv-xv). La caracterización que hace De Certeau en *The practice of everyday life* de trayectorias que se escurren de los sistemas y de las instituciones normalizadoras, difiere de la lectura foucaultiana que organiza las subjetividades, los espacios y prácticas a través de las disciplinas y discursos hegemónicos. Más bien, De Certeau ilumina prácticas y procedimientos multifacéticos pero silenciosos, aunque con igual capacidad de organización social, que esgrimimos en el diario vivir (1984, 48). Estas prácticas o modos de operación en la cotidianidad, advierte De Certeau, se asientan en la zona de las tácticas, no en el de las estrategias; responden a cálculos destacados de localizaciones institucionales. Su condición de posibilidad y su inscripción se dan más en el tiempo que en el espacio; manipulan eventos para convertirlos en oportunidades.

Ya antes, en un ensayo titulado "Notas escritas un domingo en la campaña francesa", Henri Lefèbvre, nombre indispensable en la historiografía de la vida cotidiana, había deplorado lo que denominaba "la colonización de la vida diaria" a manos de las abstracciones, de la religión y de una distante y misteriosa vida política (Lefèbvre, 1991). Lefèbvre propone, sin embargo, una crítica de la vida cotidiana que vaya más allá de "...los intentos emocionales de filántropos y humanistas sentimentales de 'magnificar' los gestos humildes..." (1991, 252). De Certeau, en continuidad con Lefèbvre, se desplaza hacia una marginalidad constituida en mayoría universal, a la zona de las actividades que raramente se representan o simbolizan y le dedica su libro al "hombre ordinario", aquel que se constituye antes de los textos y que no espera representaciones.

Pero, ¿cómo descolonizar nuestra interpretación de la vida cotidiana? ¿cómo tener acceso al "hombre ordinario" y a sus prácticas que se escriben e inscriben *de otra manera* a pesar de que se compongan con los vocabularios de los lenguajes establecidos?

La tarea luce difícil porque como historiadores nos constituimos disciplinadamente y operamos desde plataformas discursivas no siempre deferentes al mundo de lo cotidiano. Aún propuestas históricas reivindicatorias de prácticas y subjetividades al *filo del poder*, no han incursionado tanto en lo cotidiano y sus redes simbólicas como lo han hecho la antropología y la ficción literaria. Para evitar las confusiones sentimentales de las que nos advierte Lefèbvre, debemos, me parece, partir desde la convicción teórica y metodológica de una vida cotidiana irreductible y desbordante de sentidos. Su semiosis es ilimitada porque es fundamentalmente un *locus* cultural en el que intervienen una pluralidad de cálculos y artesanías, una inventiva que De Certeau denomina *bricolage*, un conjunto de tecnologías no sistémicas, inesperadas e inéditas de vida.

Desde esta plataforma aspiro a narrar las historias de la invasión como claves de sentido y comunicación de los lenguajes y prácticas cotidianas. En tanto relatos de significación, estas historias remiten, en la mayoría de las ocasiones, a complejas batallas culturales. No se entablan necesariamente en los foros letrados ni en los estrados legales o parlamentarios sino en los manejos corporales, en la confección de utopías grandes y pequeñas de vida, en los modos de sociabilidad, en el manejo de las estructuras duras de producción y en los interiores suaves de la subjetividad.² Ocurren en las calles, en los mercados, en la cocina doméstica, en la escuela primaria y en los cementerios. Son las batallas de los signos.

EL OJO ETNOLÓGICO: ESTRATEGIAS DE LOS INVASORES

The men treat women with exquisite courtesy, both in speech and action. They foresee every want, and they bestow attention with tact and delicacy, but it is the master pleasing the slave, and not one human being treating his equal.

MARGHERITTA ARLINA HAMM, *Porto Rico and the West Indies* (1899)

² Este binomio es caracterizado por Stuart Hall en "Signification, representation, ideology: Althusser and the post-Structuralist debates" (1985). Asimismo, Kelvin Santiago Vallés sigue a Stuart Hall en su libro reciente "*Subject people" and colonial discourses* (1994).

No one in Porto Rico is ever in a hurry.

WILLIAM D. BOYCE, *The Hawaiian Islands
and Porto Rico* (1914)

Son los libros escritos por norteamericanos a partir de la invasión los que preferentemente dan cuenta de las pautas y comportamientos cotidianos de los puertorriqueños. Son textos de excepción para identificar el inventario de signos y referentes que asaltan al país. Captados por una mirada compasiva en ocasiones, prepotente en otras, exótica siempre, los espacios y los tiempos del vivir diario son anotados por una diversidad de funcionarios, fotógrafos, misioneros y viajeros norteamericanos que arriban a partir de 1898. En contraposición a una escritura criolla que tiende con frecuencia a la descripción naturalista y pesimista de los mundos populares, las crónicas norteamericanas exudan optimismo y confianza. Los nuevos sujetos coloniales podrían por fin abandonar los códigos oscurantistas y retrógrados de la dominación española para organizarse como entes cívicos al calor de una misión transformadora.

Escojo dos de estos textos: uno es inmediato (1899) y escrito por una mujer, de valores progresistas y filántropa: Margheritta Arlina Hamm. El otro, escrito por un articulista de fondo para las revistas de la costa este de los Estados Unidos, William D. Boyce, es de 1914. Es fascinante seguir la mirada de la diferencia en Hamm que no puede evitar, a pesar de su moralismo, cierto encantamiento por el mundo nativo que la lleva a incursionar en zonas no tocadas por otros viajeros de la época. Los capítulos que van del x al xiv, en los que analiza la vida urbana, la vida social, las mujeres y la cocina puertorriqueñas, son particularmente ricos al respecto. En una hermosa descripción hecha tras una visita al mercado, Hamm repara en el abigarrado colorido de las mujeres que venden y compran. Los movimientos de los cuerpos organizan una exótica taxonomía que merece citarse:

The market people are almost as varied in color as the goods they sell. It makes a weird combination when three or four young peasant women with flashing eyes, erect carriage, and well rounded figures form a group and begin to chat. The yellow arm resting upon the broze shoulder, the blank hand patting the olive back, the copper fingers arranging the ruddy red hair around the white face, compose an odd study in the variations of color [Hamm, 1899, 112].

La mujer constituye un signo que condensa su mirada sobre Puerto Rico. Lozana y sensual en la flor de su juventud, rápidamente se marchita agobiada por el cuidado de los hijos y la casa, y tiene que recurrir a los cosméticos para disfrazar su deterioro. Al casarse, la vida de la mujer de las clases alta y media se clausura en el interior de su casa, a la espera de las irremediables canas, arrugas, una expresión de aburrimiento y la pérdida de esperanza (Hamm, 1899, 122). Para la autora, el problema radica en que la mujer puertorriqueña no posee un espíritu burgués desarrollado; no tiene acceso a la educación superior, por lo que está cerrada al mundo del trabajo profesional e inclusive al mundo del comercio público. Limitada al espacio doméstico, es propiedad de un hombre celoso pero comúnmente desobligado. No entiende la sumisión de la esposa del dueño del hotel en el que se hospeda y que le presenta, sin pizca de sonrojo, al hijo que su marido ha tenido con una sirvienta del establecimiento (Hamm, 1899, 100). Es ése *el lado oscuro* de un país por lo demás hospitalario, generoso y al que le encanta bailar (Hamm, 1899, 99). Dentro de sus códigos modernizantes, Margheritta Hamm concluye que las relaciones entre los hombres y las mujeres del país se organizan como entre amo y esclavo, no como entre seres humanos iguales.

La escritura de Hamm es extraordinaria porque, a pesar de un irreprimible *orientalismo*, mediante el cual se constituye un discurso del *otro* e incluso una identidad profesional (Margheritta es filántropa, es viajera) desde la alteridad, el texto provee un acceso a sujetos a menudo invisibles o deformados discursivamente, como son las mujeres, en el pasado fin de siglo. Entramos con ella a las cocinas (decepcionante al principio por el exceso de aceite de oliva, ajos, cebollas, condimentos y especias en los guisos, pero gradualmente vista con mejores ojos como lo mejor que puede hacerse bajo las circunstancias —¿tropicales?, ¿primitivas?— de la Isla); al tocador, al mercado y al mundo de las relaciones entre los sexos. Anticipa, igualmente, los corto-circuitos generados por la invasión en las zonas de la cotidianidad femenina, en los discursos de lo público y lo privado, en el ámbito de la sexualidad, entre otras. Pocos años después, en el discurso anarquista de Luisa Capetillo³ o en los esfuerzos

³ Para una lectura de las estrategias con las que Luisa Capetillo enfrentó la cultura de principios del siglo xx, véase *Amor y anarquía. Los escritos de Luisa Capetillo*, de Julio Ramos (1992).

gremiales y cívicos de las lavanderas de Puerta de Tierra que ha estudiado recientemente Aixa Merino Faiú (1996) se harían escuchar con fuerza, los reclamos modernizantes de las mujeres en sus vidas de trabajo, en sus cuerpos y en sus relaciones con los hombres.

Conformado por la serie de estereotipos que se desplegó con particular insidia hacia fines del siglo XIX en torno a las razas no blancas y las sociedades tropicales, el texto de 1914 de William D. Boyce trabaja una mirada dura sobre la cotidianidad de los sujetos coloniales. En su centro, una visión sobre los tiempos de vida y trabajo de los puertorriqueños. Contra el grano de la aceleración del tiempo proclamada por los tiempos modernos,⁴ Boyce describe una sociedad donde nadie parece tener prisa. Particularmente, la lentitud del país se ve con mayor claridad en el espacio laboral.⁵ Los trabajadores, a quienes generaliza con el adjetivo *colored*, se encuentran en mejor situación desde la invasión gracias al alza de salarios, la lucha contra las enfermedades y una mejor alimentación. Gran parte del éxito se debe a los *trusts* del tabaco y del azúcar que han logrado “acelerar” al negro. Algo le preocupa, sin embargo, y quiero citarlo para no perdernos su idiosincrasia:

The question is, Can the tropical negro stand the pressure? The Spaniards “speeded up” the indolent native Indians in early time and the Indians died like flies [Boyce, 1914, 98].

El texto de Boyce se sostiene sobre una serie de terrores: miedo al contagio, a la mezcla, a la suciedad.⁶ Los cuerpos, marcados por la uncinariasis y la muerte, son los signos de una cotidianidad inferior y peligrosa que debe ser resuelta mediante la imposición de un orden. De ahí la importancia de las campañas higiénicas y sanitarias iniciadas por el gobierno militar:

⁴ El concepto ha sido discutido ampliamente como parte de los debates sobre el sentido del tiempo en la modernidad. Véase Reinhart Koselleck (1985).

⁵ En ello, Boyce puede insertarse en una tradición de siglos en la que comentaristas sobre la isla censuran la vagancia de los puertorriqueños. Quizás el más importante texto en esta serie sea la *Historia natural, geográfica y civil de los habitantes de la isla de San Juan Bautista de Puerto Rico*, escrito en 1782 por el secretario del obispo, fray Íñigo Abbad y Lasierra.

⁶ La antropóloga cultural Mary Douglas explora la fuerza ancestral de estos miedos en su libro *Purity and danger. An analysis of the concepts of pollution and taboo* (1966). Algo sucio es algo que está fuera de lugar. Por lo tanto, lo que puede remediar esa condición es la imposición de un orden.

The first thing the United States did when it took over Porto Rico was to begin the work of improving conditions so that nearly a million of dirty people crowded on the island at that time could live longer, and that our white American officials might escape death in doing our duty [Boyce, 1914, 107].

El orden en la cotidianidad es, en primera instancia, un orden material y moral. Pero es también un orden simbólico, requiere serlo. Los signos de la pureza corporal y moral deben ser visibles y contundentes para derrotar lo que se percibe como signos deficientes e impuros. De ahí el ámbito de la cita con la que inicié este trabajo: el fuerte español se transmuta en una escuela primaria para que los *little Porto Ricans* tengan acceso a otras redes simbólicas, a una nueva cotidianidad. Sin embargo, el peligro siempre acecha a esta conversión simbólica:

The greatest stumbling block is the home life. Just as many Carlisle Indian students revert to their blankets and ancestral ways on returning to the reservation, the school children of Porto Rico drop back to their Spanish civilization at home. How we are to graft what is best in American life to this Spanish stock and make it grow is going to be a difficult question to answer [Boyce, 1914, 115].

Incursionemos entonces en esos *blankets* ("mantas"), en los espacios y en las prácticas cotidianas que significan y quedan significados por la invasión de 1898.

EL "BRICOLAGE CRIOLLO": TÁCTICAS DE LOS INVADIDOS

Anuncio de una venta en la tienda *El telégrafo* de San Juan:
"Y el surtido es verdaderamente colosal y a prueba de *yankees*."

La Correspondencia, 13 de mayo de 1898

Verdaderamente que es cosa de volverse loco al ponerse a meditar con seriedad acerca de las cosas de España, de aquella que hasta ayer no más fue nuestra metrópoli.

El Correo de Puerto Rico, 26 de diciembre de 1898

En uno de los cuentos contenidos en *Falsas crónicas del sur*, Ana Lydia Vega (1991) describe con picardía suave las idas y venidas en el famoso Bazar Otero de Ponce, allá por el año terrible de 1887. Sin dejar de ser el espacio de conversación y arte alrededor de los libros llegados de Francia y las veladas impromptu del músico Juan Morel Campos, el bazar era también el lugar de la desafección y la conspiración contra el despotismo y la represión del gobernador español, Romualdo Palacio. No era de extrañar. La ciudad que en algún momento Luis Muñoz Rivera llamó “la más puertorriqueña de nuestras ciudades”, albergó en los últimos años del siglo XIX un profundo antiespañolismo. Cuando todavía los ejércitos españoles no habían abandonado la isla, el Bazar Otero hizo publicar, en un inglés incipiente, el siguiente anuncio en un periódico bilingüe: *El Correo de Puerto Rico/The Porto Rico Mail* (1 de octubre de 1898), una especie de vocero de la Liga de Patriotas que presidía Eugenio María de Hostos:

Otero's bazar of Otero and nephew. Fancy Goods and Notions. Full Supply in Jewelry. Complete Line in Stationary. Musical Effects and Publishers. Crockery and Kitchen Wares.

El caso del Bazar Otero no fue aislado. A lo largo de la isla, los primeros meses de la invasión testimoniaron un relevo febril de los signos más visibles del antiguo régimen. Fondas criollas comenzaron a llamarse *Café Washington* y hospedajes populares *Mount Vernon* en lugar de *La Borinqueña*. Hoteles importantes como el Inglaterra cambiaron sus menús para incluir platillos norteamericanos y llegaron a contratar *chefs* que supieran cocinar al gusto del nuevo poder imperial. El desmonte de los símbolos y la aparición de los nuevos se dio en todos los ámbitos de la vida pública y de la vida cotidiana. Obviamente se trataba de transacciones políticas irremediables en la medida en que el mundo cotidiano había sido empujado hasta sus límites en la última década.

Para la década de 1890, la crisis colonial en Puerto Rico, dramatizada por el alza incontrolada de precios en los artículos de primera necesidad, la incertidumbre monetaria, los monopolios peninsulares en franquicias vitales como los fósforos y el petróleo casero, la guerra tarifaria con los Estados Unidos y la concentración de propiedades agrícolas, se había manifestado con saña en la economía doméstica de la mayoría social. Una mirada somera a las actas municipales y a los perió-

dicos insulares y regionales muestra dos datos particularmente reveladores: en primer lugar, la persistencia de delitos contra la propiedad, en particular, robos y desjarretamientos de reses; en segundo lugar, el surgimiento de protestas de consumo en las que los sujetos populares se aglutinan en torno a asuntos que afectan directamente la supervivencia cotidiana. En el periodo que va de 1892 a 1895, las llamadas “protestas de fogón” en los mercados públicos de las que habla Manuel Fernández Juncos por el alto costo de la carne (*El Buscapié*, 8 de julio de 1894), los disturbios populares en San Juan por los monopolios de los fósforos y del petróleo doméstico que culminaron en la rotura de los faroles del nuevo alumbrado público y las huelgas en los cañaverales del sur ante los rumores de que sería sustituido el patrón plata. En el fondo, se trataba de formas simples de resistencia frente a la percepción generalizada de una intromisión indebida e injusta de los poderes económicos y políticos en la vida cotidiana. Para el juicio popular se habían violado las nociones convenidas de lo justo.

El cuadro no se había modificado en los años que siguieron. La invasión ocurre en medio de denuncias de hambruna en los campos, de un aumento en los delitos contra la propiedad, de epidemias de viruelas y, obviamente, de la carestía provocada por el bloqueo. Las protestas en municipios como Barceloneta, que sufrían además de sequía, habían llevado al alcalde a decretar una reducción de cinco centavos en el precio del kilogramo de carne (*La Correspondencia*, 6 de mayo de 1898). La escasez de moneda era tal en los pueblos del norte que los mercados populares ya no funcionaban. Como si anticipara la canción inolvidable de Rafael Hernández —“Lamento Borincano”— 30 años después, el reportero de *La Correspondencia* señalaba, el 7 de mayo de 1898: “Los jíbaros retornan entristecidos a sus barrios con cargas enteras de aves y viandas porque no pueden realizarlas”.

En los meses posteriores a la invasión, la principal actividad de las tropas norteamericanas no fue la resistencia de ningún ejército o grupo armado sino el desorden en los campos y el ajuste de cuentas con los derrotados símbolos españoles de autoridad, “la guerra después de la guerra” de la que habla Fernando Picó en un excelente libro (1987). Paralelamente se inició un proceso de mayor aliento: la configuración de complicidades, negociaciones y ajustes necesarios y continuidades e insistencias, también necesarias, con los nuevos inventarios simbólicos. Este tejido es irreductible. En Guayama, las prostitutas, para horror de las familias bien, salen a pasear por donde se les antoje y a cualquier hora del día y se codean las noches que hay retreta en la plaza con las

señoritas distinguidas del pueblo; el policía del pueblo, que es español, mira para otro lado, pero persigue a los trabajadores que quieren agremiarse (*El Correo de Puerto Rico*, 18 de octubre de 1898). Dentro de la más absoluta redundancia, se instala en la calle Cristina de Ponce *The American Expert Specialist*, dispuesto a curar cualquier dolencia. En Arecibo, se celebra un matrimonio protestante entre don Ramón Olmo, artesano, y doña María Pérez, mientras que en Mayaguez se le niega sepultura en el cementerio católico a un protestante (*El Correo de Puerto Rico*, 28 de diciembre de 1898).

Es imprescindible perseguir las pistas heterogéneas de transformación de los soportes básicos de la vida cotidiana. Debemos recuperar los espacios, los tiempos y las subjetividades que se encuentran con el 1898, y las transacciones materiales, morales y simbólicas que se generan. Los relatos de la invasión convocarán a múltiples personajes y prácticas: a la Madre Elenita de la montaña recorriendo la serranía de Guayama, con su prédica milenarista, defendiendo la cruz de los invasores norteamericanos; a los primeros juegos de beisbol que se celebraron en predios de Santurce; a las siembras de tabaco en Caguas, Aguas Buenas y Gurabo; a los gremios de panaderos que se activan tras la invasión; a los nuevos calendarios cívicos en los que ya no aparecían la fiesta del Corpus Christi ni la de San Juan Bautista, pero sí el natalicio de George Washington y el día de *Thanksgiving*; a los primeros maestros puertorriqueños que aprueban los exámenes profesionales bajo el nuevo régimen; a los escolares con pelucas de Jorge Washington celebrando fiestas patrias ajenas; a las nuevas rutas pesqueras y los nuevos reglamentos de salud e higiene pública.

En la secuencia de apropiaciones y significaciones, no han de faltar los terrores, que fueron muchos. Quiero concluir este texto recordando uno. Durante muchos meses antes de la invasión, el más persistente tenía que ver con un barco de tres chimeneas que tenía el don de la ubicuidad. A la misma hora podía otearse en Cabo Rojo al sureste y en Fajardo al noroeste; algunos veían su tripulación, otros aseguraban que nadie lo navegaba. La cotidianidad siempre materializa sus miedos. No es difícil ver en el barco de las tres chimeneas un haz de signos de los decisivos tiempos por venir.

SILVIA ÁLVAREZ CURBELO
E-mail: salvare@upracd.upr.clu.edu

BIBLIOGRAFÍA

- Boyce, William D.
1914 *The Hawaiian islands and Porto Rico*, Nueva York, Rand McNally.
- Certeau, Michel de
1984 *The practice of everyday life* (traducción al inglés de Steven F. Randall), Berkeley, University of California Press.
- Díaz Quiñones, Arcadio
1982 *El almuerzo en la hierba*, Río Piedras, Ediciones Huracán.
- Douglas, Mary
1966 *Purity and danger. An analysis of the concepts of pollution and taboo*, Penguin Education.
- Hamm, Margheritta Arlina
1899 *Porto Rico and the West Indies*, Nueva York, F. Tennyson Neely.
- Koselleck, Reinhart
1985 *Futures past. On the semantics of historical time*, Cambridge, The MIT Press.
- Lefèbvre, Henri
1991 *Critique of everyday life* (trad. al inglés de John Moore), Londres, Verso.
- Marqués, René
1970 *Purificación en la calle del Cristo y Los soles truncos*, Río Piedras, Ediciones Cultural.
- Merino Falú, Aixa
1996 "El gremio de lavanderas de Puerta de Tierra", en *Historias vivas. Historiografía puertorriqueña contemporánea*, San Juan, Postdata/APH.
- Picó, Fernando
1987 *La guerra después de la guerra*, Río Piedras, Ediciones Huracán.
- Ramos, Julio
1992 *Amor y anarquía. Los escritos de Luisa Capetillo*, Río Piedras, Ediciones Huracán.
1996 "La promesa", en *Postdata*, núm. 12, mayo de 1996.
- Rodríguez Juliá, Edgardo
1989 *Las tribulaciones de Jonás*, Río Piedras, Ediciones Huracán.
1994 "Pitiyanquis", *El Nuevo Día*, 9 de octubre de 1994.
- Santiago Vallés, Kelvin
1994 *'Subject People' and colonial discourses*, Nueva York, State University of New York.
- Vega, Ana Lydia
1991 *Falsas crónicas del sur*, Río Piedras, Universidad de Puerto Rico.

Periódicos

El Buscapié, San Juan, Puerto Rico, 8 de julio de 1894.

El Correo de Puerto Rico/The Porto Rico Mail, San Juan, Puerto Rico,
1 y 18 de octubre de 1898; 26 y 28 de diciembre de 1898.

La Correspondencia, San Juan, Puerto Rico, 6, 7 y 13 de mayo de 1898;
31 de agosto de 1898.

EL COLEGIO DE MÉXICO

HISTORIA MEXICANA

VOL. XLVI, JULIO-SEPTIEMBRE, 1996, núm. 1

181

SUMARIO

Artículos

Robert McCaa

Matrimonio infantil, cemithualtin (familias complejas)
y el antiguo pueblo nahua

Robert J. Knowlton

Tribunales federales y terrenos rurales en el México del
siglo XIX: el seminario judicial de la federación

Engracia Loyo

La empresa redentora. La Casa del Estudiante Indígena

Jacqueline Covo

El periódico al servicio del cardenismo: *El Nacional*, 1935

HISTORIA MEXICANA es una publicación trimestral de El Colegio de México, A.C.
Suscripción anual: en México, 76 pesos. En Estados Unidos y Canadá: individuos,
32 dólares; instituciones, 50 dólares. En Centro y Sudamérica: individuos, 26 dólares;
instituciones, 34 dólares. En otros países: individuos, 42 dólares; instituciones,
60 dólares. Si desea suscribirse, favor de enviar este cupón a El Colegio de México, A.C.
Departamento de Publicaciones, Camino al Ajusco 20, Pedregal de Santa Teresa,
10740 México, D.F.

Adjunto cheque o giro bancario núm.: _____
por la cantidad de: _____

a nombre de El Colegio de México, A.C., como importe de mi suscripción por un año a
HISTORIA MEXICANA.

Nombre: _____

Dirección: _____

Código postal: _____ Ciudad: _____

Estado: _____ País: _____